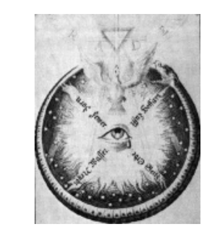


GRUPO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES MARTINISTAS & MARTINEZISTAS DE ESPAÑA

-G.E.I.M.M.E.-

Fundado el 12 de Octubre de 2.003



Inscrito en el Registro Nacional de Asociaciones con el Número Nacional 171370 de la Sección 1ª.
Ministerio del Interior. España.

BOLETÍN INFORMATIVO
Nº 45

21 de Marzo de 2.015

S U M A R I O


EXCELSIS DEO ET IN TERRA

LA FRANCMASONERÍA DEL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO PROCEDE DE LA «VERDADERA RELIGIÓN ETERNA»

Alocución del Serenísimo Gran Maestro Nacional & Gran Prior del «*Directorio Nacional Rectificado de Francia - Gran Directorio de las Galias* »
Con motivo de la Fiesta de la «Refundación» de la Orden
Sábado 12 de diciembre de 2014 - Lyon

Camille Savoire (1869-1951), en su decisión de despertar el Gran Directorio de las Galias en 1935, rompiendo con el Gran Oriente de Francia, escribía: «*Una ruptura total con la organización ritual e iniciática del Régimen Rectificado del Gran Oriente de Francia [es necesaria], para que este pueda* existir *según las formas definidas durante del Convento de las Galias y conforme a lo decidido en el Tratado de Unión con los Directorios de 1776*»[1].

Camille Savoire subrayaba que el G.O.D.F. se oponía a la práctica auténtica del R.E.R. y que el Gran Directorio de las Galias formaría, para cumplir con las exigencias willermozianas, una Orden autónoma e independiente, compuesta por miembros «*deseosos de abandonar las Obediencias francesas cuyas actuaciones se oponían al carácter de la Francmasonería*». Y añadió: «*He aquí cómo hemos despertado regularmente el Rito Rectificado en Francia: este despertar, habiendo sido hecho de acuerdo y con la ayuda del único poder que tiene la autoridad suprema del Rito en el mundo y en conformidad con las decisiones de los distintos Conventos de 1778, 1782, 1808 y 1811, y en ejecución de la decisión tomada en 1828 por el Directorio de la 5ª Provincia de Neustria, delegando en la última de sus Prefecturas, llamada de Zúrich, sus archivos, prerrogativas, derechos, etc..., con la misión de conservarlos hasta el día en que el despertar del Rectificado pueda realizarse en Francia y le permita desprenderse de ellos*»[2].

Desde el despertar completo del Régimen Rectificado en Francia en el siglo XX, en 1935, con la constitución del Gran Directorio de las Galias bajo la iniciativa de Camille Savoire, es evidente que los principios de funcionamiento propios de la Orden, claramente definidos, estipulados y explícitamente expuestos en los dos Códigos escritos durante el Convento de las Galias en 1778, no fueron respetados.

I. EL MARCO OBEDIENCIAL ANDERSONIANO ES AJENO AL RÉGIMEN ESCOCÉS RECTIFICADO

Es necesario constatar, en primer lugar, que desde su despertar en el siglo XX, se quisieron utilizar los marcos obedienciales de la masonería andersoniana con el fin de activar el Régimen Escocés Rectificado, llegando a situaciones preocupantes. A este respecto, es evidente que la mayoría de las formas bajo las que sobrevive actualmente el Régimen Rectificado no son en

[1] C. Savoire, Carta a Adrien Pouriau (1874-1948), Presidente del Consejo de la Orden del G.O.D.F., 20 de marzo de 1935.
[2] C. Savoire, *Discurso*, el 23 de marzo de 1935.

nada conformes con su esencia, incluidas las formas estructurales distinguidas bajo el nombre de «Grandes Prioratos» - que a menudo están, en realidad, muy alejadas de los criterios propios de la rectificación tal y como figuran especificados en los Códigos escritos en el Convento de las Galias en 1778.

Así es, y como ejemplo, desde este punto de vista ilustrativo, la idea de un «Gran Priorato Nacional» para la nación Francesa es profundamente incoherente y contradictorio, ya que Francia, según el Código de 1778, está constituida por tres Provincias (IIª de Auvernia , IIIª de Occitania y Vª de Borgoña) que, teóricamente, deberían poseer cada una su Gran Priorato con sus Prioratos regionales vinculados, estos tres Grandes Prioratos debiendo colocarse bajo la autoridad de un Gran Directorio Nacional con un Gran Maestro Nacional a la cabeza: «*Las Provincias reformadas según el nuevo rito, están divididas en Grandes Prioratos*»[3].

De esta forma estamos obligados a constatar que desde el despertar del Régimen en el siglo XX, bajo los auspicios del Gran Directorio de las Galias -dicho esto sin olvidar lo que debemos al inmenso e importante trabajo de aquellos que emprendieron la tarea de dar nuevamente vida a la Orden, así como a las instituciones que encarnaron el espíritu con una sinceridad que no negaremos en absoluto- la concepción original de los Códigos fundadores nunca se respetó, conllevando disfuncionamientos profundos en la lógica organizativa del Régimen Escocés Rectificado que poco a poco dejó, desde entonces, de pensarse como una «Orden» de pleno derecho, reduciéndose a un simple Rito, entre otros, en el seno de estructuras obedienciales multi-ritualísticas, según una concepción absolutamente ajena al espíritu de la rectificación, aunque se imagina que forma parte de ello al usar títulos y denominaciones que proceden del corpus semántico willermoziano.

II. OLVIDO DE LA DOCTRINA DEL RÉGIMEN RECTIFICADO

Sin embargo, a esta primera constatación, de por sí muy preocupante, se añade una segunda todavía más inquietante y no menos significativa, que deriva de la primera y es la consecuencia casi lógica, poniendo de manifiesto el hecho de que -más allá de la esencia de la rectificación, que además de un Rito original que se practica en cuatro grados que forman la clase simbólica, culmina en una Orden interior de esencia caballeresca-, el Régimen Escocés Rectificado es antes que nada una enseñanza, es decir, una «doctrina», según el nombre utilizado por Jean-Baptiste Willermoz, doctrina sabiamente elaborada e introducida oficialmente en el Convento de las Galias en 1778, y que se confirmó después en el Convento de Wilhelmsbad en 1782.

Sin esta doctrina el Régimen Rectificado, que además se singulariza en el seno del mundo masónico por este aspecto completamente único, se reduce a una cáscara vacía, a una corteza superficial cuyo núcleo habría sido arrancado, una estructura desprovista de substancia, ya que esta doctrina, que es del dominio de la enseñanza sagrada e invariable de la Orden primitiva, define, en su naturaleza, lo más profundo y más íntimo del Régimen Escocés Rectificado : «*Orden por excelencia, detentora de los 'conocimientos preciosos y secretos que derivan de la Religión primitiva'*».

[3] Código General de los Reglamentos de la Orden de los C.B.C.S., Título III, art. 3, 1778.

Ahora bien, esta doctrina, hoy precisamente, se encuentra amenazada, ya que no sólo está muy olvidada y ampliamente abandonada, sino que incluso a veces, cosa todavía más grave, es deformada, contradicha, y en algunos casos negada rotundamente, criticada y denunciada como si fuese una «herejía» por su apego al espíritu del cristianismo transcendente, que sostiene posturas en relación con el origen del hombre, la razón de la creación del mundo material, su disposición a la disolución final, refiriéndose a tesis que la Iglesia ha rechazado o condenado en múltiples ocasiones en el transcurso de la Historia: «*La meta de Willermoz era pues preservar la doctrina de la que Martínez de Pasqually había sido sólo uno de los transmisores, según lo que éste le había enseñado; mantener, cuando peligrase la Orden de los Élus Cohen, la verdadera Masonería según el modelo que Martínez de Pasqually le había revelado como el arquetipo y que garantiza una conformidad doctrinal con la doctrina de la reintegración*»[4].

Esta doble situación, que es fácil de comprobar, y que confirma sin dificultad, con un mínimo de objetividad, un análisis de los hechos -que incluye el plan estructural y doctrinal del Régimen Rectificado-, es por lo tanto extremadamente inquietante, obligando a que se impida una deriva amenazante para lo que tiene de valioso a nivel histórico el depósito willermoziano y el espíritu de la Reforma de Lyon, Reforma de la francmasonería puesta en marcha en el Convento de las Galias en 1778.

Es esta situación, que era imposible moral, espiritual e «iniciáticamente» dejar que perdurara como tal, la que nos ha llevado a reaccionar, emprendiendo, por iniciativa propia, el «despertar» del Gran Directorio de las Galias el 15 de diciembre de 2012 en Lyon, un camino de «**refundación de la Orden**», con el fin de responder a las exigencias presentes del Régimen Escocés Rectificado, del que tenemos el deber, por nuestro estado de miembros activos y adherentes sinceros al espíritu de la Reforma de Lyon, de ser los guardianes y vigilantes protectores, con el fin de que la luz eterna del Fénix pueda continuar expandiéndose en las «almas de deseo» en busca de verdades celestes.

III. EL ORIGEN DE LA ORDEN ES TAN REMOTO QUE SE PIERDE EN LA NOCHE DE LOS SIGLOS

En el Convento de la Galia en 1778 fue decretada una ley que se convertirá en el mismo «Principio» del Régimen Escocés Rectificado: es la «Orden», considerada como base y fundamento espiritual -de naturaleza iniciática-, y no ninguna estructura obediencial, la que legitima y funda la regularidad de las Logias: «*Las Logias no son sino sociedades particulares, subordinadas a la sociedad general, que les da una existencia y los poderes necesarios para representarla en esta parte de autoridad que se les confía; esta autoridad parcial emana de la que reside esencialmente en el centro común y general de la Orden…*»[5]

IV. LA ORDEN Y LAS OBEDIENCIAS

Sobre este punto **René Guénon** (1886-1951) supo recordar, con cierta pertinencia, lo que vino a influir en la Francmasonería moderna cuando aplicó a sus formas tradicionales el modelo de estructuras profanas: «*esta ‘degeneración’, aunque no cambia en nada la naturaleza esencial de*

---

[4] R. Amadou, *Martinismo*, CIREM, 1997, p. 36.
[5] Código Masónico de las Logias Reunidas y Rectificadas de Francia, 1778.

la Masonería, hace perfectamente explicables las numerosas desviaciones que se han producido desde hace tres siglos, y cuya organización bajo su forma 'obediencial' en estructuras que presentan el defecto evidente de haber sido calcadas de la forma de los gobiernos profanos, es un carácter muy sintomático de esta modernidad»[6].

Sabemos cómo René Guénon veía en la creación de las obediencias masónicas un mal moderno que había tenido una responsabilidad directa en la «degeneración» profana de la iniciación: «*En 'El Simbolismo' (número de abril), Oswald Wirth, hablando del Porvenir masónico, denuncia 'el error de 1717, que nos valió los gobiernos masónicos, calcados de las instituciones profanas, con la imitación de un poder ejecutivo, un parlamento, una administración amiga del papeleo y de las relaciones diplomáticas'; sobre esto, al menos, estamos de acuerdo con él, como lo prueba además todo lo que hemos dicho aquí mismo de la moderna degeneración de algunas organizaciones iniciáticas en 'sociedades'*»[7].

A todo esto -para rendir homenaje a **Marius Lepage** (+1972), gran masón que tomó la iniciativa de invitar al Reverendo Padre Michel Riquet a la logia-, podríamos añadir estas líneas que no habría negado Jean-Baptiste Willermoz: «*La Orden es de esencia indefinible y absoluta; la Obediencia está sometida a todas las fluctuaciones inherentes a la debilidad congénita del espíritu humano*»[8].

V. LA FINALIDAD PRIMITIVA DE LA FRANCMASONERÍA

Cabe constatar, mientras hoy muchos han perdido la idea de lo que es la «Orden» según los criterios del Régimen Rectificado, que ha llegado el momento de volver a los principios de la Reforma de Lyon, tal como son recordados en una de las Instrucciones que data del Convento de las Galias: «*Buscáis remontaros al objeto primitivo de la Francmasonería y os habéis unido a una Orden que os comunica con los únicos que os pueden instruir. Si algún día sabéis hacer que se os reconozca como verdadero caballero Masón de la Ciudad Santa, si construís constantemente en el Templo del Señor, podréis concebir la esperanza de alcanzar este objeto tan deseado*».

Conviene de esta manera recordar que el trabajo del masón rectificado es no perderse en vanas tareas profanas con las que las formas obedienciales, por desgracia, llevan a verdaderos buscadores a callejones sin salidas espirituales, sino intentar remontarse, por una lenta y paciente labor interior, hacia la «fuente preciosa» que se pierde en la noche de los siglos: «*El origen de la Orden es tan remoto, que se pierde en la noche de los siglos; lo único que puede la institución masónica, es ayudar a remontaros hasta esa Orden primitiva, que se debe ver como el principio de la francmasonería…*»

[6] R. Guénon, *Apreciaciones sobre la iniciación*, c. XIV, «De las calificaciones iniciáticas» & c. XXIX, «Operativo» y «Especulativo».
[7] R. Guénon, *Estudios sobre la Francmasonería y el Compañerazgo*, Estudios tradicionales, 1964, p. 192.
[8] M. Lepage, *La Orden y las Obediencias, Historia y Doctrina de la Francmasonería*, 1956, p.8.

Así, el Régimen, puesto que de un «Régimen» se trata cuando se habla del R.E.R., está fundado en la noción de Orden, noción que no tiene estrictamente nada que ver con la concepción moderna de «obediencia».

Es por ello que el Directorio Nacional Rectificado de Francia - Gran Directorio de las Galias, en sus «Principios de la Refundación de la Orden en diez puntos» recuerda: «*La 'Orden', desde el punto de vista rectificado, entendido en su principio más profundo, más auténtico, no se refiere pues a una estructura administrativa y temporal, sino que es de una dimensión puramente espiritual cuya existencia debe proteger la Orden de los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa y defenderla contra las fuerzas del Adversario*».

Para ser más precisos sobre el tema, la concepción estructural obediencial, en realidad procedente de una visión muy moderna, es absolutamente ajena al espíritu de la rectificación, y querer integrar el Régimen Escocés Rectificado en los marcos de la masonería andersoniana, haciéndola coexistir con otros Ritos, o plegándola a unos enfoques y concepciones (societarios, políticos, confesionales, dogmáticos, etc.), extraños a los principios de la Orden, es una profunda aberración.

VI. Necesidad para el Régimen Rectificado de constituirse en «Régimen» autónomo

La conclusión que se impone por sí misma, y se exige imperativamente para el Régimen Escocés Rectificado -y la comprobación de los años pasados nos confirma la profunda exactitud de esta declaración, porque el Régimen Rectificado constituido en el siglo XVIIIº en el Convento de las Galias, en Lyon, en 1778, nunca fue pensado para existir sometido según formas, reglas o usos, que no sean aquellos definidos por los fundadores de la Orden-, nos fue dada por Robert Amadou (+2006): *«El cumplimiento de los ritos propios al escocismo rectificado supone que éste sea constituido en un régimen autónomo*»[9].

El sistema procedente de la Reforma de Lyon -y no en vano quiso ser una iniciativa de «rectificación» completa de la francmasonería en 1778-, supera, según sus propios criterios, en eminencia, en autoridad y en conocimiento los misterios de la iniciación, todos los sistemas, el conjunto de los regímenes compuestos, y las organizaciones constituidas en «Grandes Logias», que desconocen la «doctrina de la reintegración», y evidentemente no necesitan, para vivir y desarrollarse, formas estructurales administrativas conocidas con el nombre de «obediencias masónicas», ya que la «concepción obediencial es absolutamente extraña al espíritu de la rectificación», de modo que al querer meter el R.E.R. en los marcos de la masonería andersoniana haciéndolo coexistir, bien con otros Ritos, bien con unos enfoques y concepciones (societarios, políticos, simbólicos, iniciáticos, confesionales, dogmáticos, etc.), procedentes de vías «apócrifas», es, como ya hemos dicho, una absoluta aberración.

*

[9] R. Amadou, *De la Orden, presentación del Régimen Escocés Rectificado*, nd.

Así, y que se entienda bien esto: el Régimen Escocés Rectificado es «regular» en cuanto se beneficia de un vínculo de transmisión efectiva y válida con el «despertar» realizado en 1935, es practicado con fidelidad a su esencia, con sus principios organizativos, con los Códigos fundacionales que definen las reglas, y de acuerdo a su doctrina interna definida en las Instrucciones a todos los grados, y esta «regularidad» es de naturaleza iniciática y trans-histórica, puesto que lo religa única e invisiblemente con la Orden esencial, primitiva y fundamental que se pierde en la noche de los siglos.

* *

*

VII. El pensamiento de Joseph de Maistre y su papel en la comprensión del Régimen

Para entenderlo mejor y ayudarnos a acceder a una clara comprensión de lo que representa el Régimen Rectificado, vamos a apoyarnos en los análisis de un eminente Hermano de la Orden, quien sintetizó los conceptos fundacionales en el siglo XVIIIº.

Este Hermano es **Joseph de Maistre** (1753-1821), quien prestó, bajo los designios de la divina Providencia en el corazón de la Historia, una vigilante atención a la condición del hombre, su caída y su posible «reconciliación» con Dios, aplicando a las leyes de la analogía que ponen a la luz la correspondencia entre lo que está arriba y lo que está abajo, una forma de estudio extraordinario que le llevó a mirar el mundo como la expresión -según la frase de san Pablo, que retomó en al «Xª Charla» de las '*Veladas de San Petersburgo*'-, de un «co*njunto de cosas invisibles manifestadas visiblemente (…)» - añadiendo*: «*No hay nada tan visible como los vínculos entre los dos mundos; podríamos decir incluso, hablando rigurosamente, que solo hay un único mundo, puesto que la materia no es nada*».

Es pues el deseo de Dios sobre la historia del mundo, su plan, el que Maistre buscó descubrir detrás de la cronología de los acontecimientos; es este «espíritu rector» el que desveló en la obra de transformación política, moral y religiosa, el que modeló las naciones a lo largo del tiempo: «*Porque los hombres se han apartado de las vías primitivamente trazadas por Dios en su acción. Dios, cuyo plan debe cumplirse con o sin nosotros, por o contra nosotros, vuelve a traer nuestras voluntades culpables a su firme deseo por las dóciles iniciativas de su redención, toques íntimos por los que podemos consentir el sufrimiento como una atención divina y utilizar por nuestra aceptación las prórrogas de la Bondad todopoderosa*»[10].

Pero si esta enseñanza escatológica y metafísica existió, podemos preguntarnos legítimamente, pues, si se encuentra preservada hoy y ¿dónde?

[10] Abbé Louis Carret, *Finura y geometría en Joseph de Maistre*, Paillet, 1937, p. 66.

VIII. LA MASONERÍA RECTIFICADA PROCEDE DE LA «VERDADERA RELIGIÓN ETERNA»

La respuesta a esta pregunta es clara para Maistre, es la francmasonería rectificada -es decir, enriquecida, transformada y convertida en depositaria de la doctrina de Martínez de Pasqually-, «*rama desprendida y quizás corrompida de un tronco antiguo y respetable*», la que únicamente es detentora de este antiguo saber. Y es indudable para él que esta extrae sus fundamentos de una iniciación mucho más anterior a los Templarios, siendo su finalidad primera reencontrar los elementos dispersos de la ciencia sagrada, las claves de la Revelación primitiva, «*base de la verdadera religión eterna*»[11].

Maistre, siguiendo en esto a **Jean-Baptiste Willermoz** (1730-1824), hizo de ella una verdad central del Régimen Escocés Rectificado, a saber que la Encarnación del Verbo modificó profundamente, para todos los hombres, las bases históricas de la vida religiosa; el carácter «liberador» de la Palabra del Cristo cambia radicalmente los datos clásicos de la relación con Dios y con el culto que se le rendía desde la caída. Como dice san Pablo: «*…**no somos hijos de la esclava, sino de la mujer libre***» (*Gal*. IV:31).

Este aspecto del mensaje evangélico es objeto de una consideración especial por parte de Maistre; esta posibilidad ofrecida a la humanidad de comulgar, por el sacrificio del Hijo, con los misterios más secretos de la intimidad del Padre, son para él una oportunidad para llevar más lejos todavía su pensamiento.

El cristianismo para Maistre «ha *cambiado el corazón del hombre. Depuró todas las creencias cuyos fundamentos no es que fuesen totalmente falsos, sino que estaban corrompidos, rectificando los cultos y haciendo que cesaran los abusos criminales. En cierto sentido, levantó el velo espeso que ocultaba a los pueblos la cara de la antigua Isis, llamando a todos los hombres a la herencia del Padre, iniciando a las multitudes a los misterios esenciales reservados celosamente hasta entonces. (…) Jesús es el Iniciado por excelencia, el Iniciado absoluto, el eterno confidente de la Sabiduría del Padre. La humanidad que revistió la llevó al más alto grado del conocimiento, la hizo entrar transfigurada en el Reino de Dios. (…) Vino a aportar este reino a todos aquellos que quisieran unirse místicamente a él. Viviendo, moviéndonos en el Cristo resucitado, iniciado de un género único, somos iniciados nosotros mismos en los misterios eternos de la Vida*»[12].

El cristianismo, según piensa Maistre, es la culminación de las religiones, «La Religión» por definición, la que conduce a su máxima profundidad la exigencia metafísica universal, la que encierra los misterios inefables por desgracia olvidados por los sacerdotes, la que «*revela el hombre al hombre*» (*Del Papa*, liv. III, ch. I.); la que es, según la bella expresión de **Louis-Claude de Saint-Martin** (1743-1803): «*El término y el reposo de todas las religiones*» (*El Ministerio del Hombre Espíritu*), la religión de pura interioridad, este **cristianismo transcendente**, el «*más puro espíritu del cristianismo»*, tan esencial al Régimen Escocés Rectificado, que pone

[11] J. de Maistre, *Memoria al duque de Brunswick*, 1782.
[12] E. Dermenghem, *Joseph de Maistre místico*, La Columba, 1948, pp. 186-187.

secretamente en práctica el indecible trabajo de deificación, de reintegración que, en la paz del «Absoluto Silencio», desvela en el corazón de cada hombre la Luz sobrenatural del Espíritu.

IX. EL CRISTIANISMO COMO VERDADERA Y AUTÉNTICA INICIACIÓN

Para los fundadores del Régimen, aquellos que llevaron el nuevo sistema pensado en el Convento de las Galias en 1778 a la visibilidad de la vida masónica, Moisés supo realizar la síntesis brillante de los misterios de la Tradición, y la selló *«bajo el triple sello de las palabras sagradas del Bereschit»*; esta Tradición fue continuada por los Profetas del Antiguo Testamento y fue objeto de un estudio riguroso por parte de algunos ambientes que se inclinaban, en el secreto más grande, hacia los «arcanos» de la ciencia divina.

Además, Maistre, profundamente marcado por la lectura de los escritos de **Orígenes** (siglo IIIº), cree en la existencia de una tradición secreta, de una disciplina reservada, de una ciencia del «Arcano», lo que le llevó a afirmar que «*el cristianismo, en los primeros tiempos, era una verdadera iniciación en la que se desvelaba una verdadera magia divina*»[13]. Esto explica además perfectamente para él los propósitos de san Pablo sobre la leche reservada a la multitud, y el alimento sólido dado únicamente a los perfectos: «*Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podíais soportar. Ni aun lo soportáis al presente; pues todavía sois carnales… Porque todo el que toma sólo leche, no está acostumbrado a la palabra de justicia, porque es niño. Pero el alimento sólido es para los adultos, los cuales por la práctica tienen los sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal*» (Iª Cor. III:2 y Heb. V:13-14).

Maistre, como un visionario, anuncia: «*el reino de Dios llegará a la tierra como al cielo*» (Misceláneas A), y para adelantar este tiempo liberador nos pide, tal y como lo formulará en las "*Memorias*" que mandó el 17 de junio de 1782 al duque de Brunswick en la perspectiva de la preparación del **Convento de Wilhelmsbad**, que trabajemos primero en realizar la unión de las Iglesias cristianas que restaurará el vestido sin la costura, y después, en forma de oración urgente, declara: «*rindámonos al amor y entremos en la vía real que conduce a la Ciudad Santa*»[14].

Con el fin de que nuestras mentes permanezcan imperativamente en estado de vigila, para ser capaces de entrar en la vía real que nos conduce a los portales de la Ciudad Santa, el conde saboyano nos da este solemne aviso que procuraremos meditar atentamente: «*Tenemos que estar preparados para un acontecimiento inmenso en el orden divino, hacia el que nos encaminamos con una velocidad acelerada que debe llamar la atención de todos los observadores. Oráculos temibles ya anuncian que los tiempos han llegado*»[15].

---

[13] J. de Maistre, *Ensayo sobre el principio Generadores de las constituciones políticas*, § 15, 1814.
[14] J. de Maistre, *O.C.*, t. VIII, 1834, p. 403.
[15] J. de Maistre, *Veladas de San-Petersburgo*, XIª Charla, 1821.

X. LAS MEMORIAS AL DUQUE DE BRUNSWICK (1782)

Jean-Baptiste Willermoz había mandado a Maistre los estatutos, rituales, las instrucciones así como diversos documentos secretos que versaban sobre la naturaleza misma del trabajo esotérico.

Estas instrucciones, escribió Willermoz en una carta del 9 de julio de 1779 felicitándolo al mismo tiempo por la calidad de sus disposiciones, «*son susceptibles de aclarar las dudas que podáis tener sobre la* ***doctrina,*** *no sin antes haberlas estudiado a fondo,* estando *admitidos en primer lugar los dogmas de la existencia de Dios, de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma. Pero este estudio debe ser de lo más serio. No hay una sola palabra que no requiera ser meditada con la mayor atención*»[16].

Willermoz aclara que, a la vez que se debe poner por encima de los prejuicios «*adquiridos o naturales*» para poder hacer una lectura fructuosa de estos textos, Maistre deberá «es*cuchar la voz de su corazón, principio de convicción interna en un asunto en el que el hombre razonable no debe en absoluto esperar nada del exterior. Puesto que,* dice*, los sistemas filosóficos dejan huecos que afligen y atormentan al hombre, mientras que* ***esta doctrina ofrece una cadena cuyos eslabones están unidos en su lugar y nos presentan un conjunto que explica y demuestra a nuestra inteligencia todo el universo intelectual y físico*** *(…), nuestra propia existencia como hombre con todas las relaciones que nos ligan en esta calidad al resto del universo y a su autor*». Después de animarlo a no esperar nada de los hombres, insiste en el hecho de que «e*l fuego que debe iluminarnos, calentarnos, está en nosotros, y un deseo puro, vivo y constante es el único fuelle que puede avivarlo y extenderlo*»[17]. Es pues la carta de un consejero y de un guía la que recibe Maistre, de un maestro que invita a un estudio profundizado de las verdades metafísicas ignoradas por la razón común, oscurecidas por la pasión y veladas a las miradas groseras del hombre.

*

La carta circular del duque de Brunswick pedía a los hermanos que respondieran a las seis preguntas siguientes: 1) - ¿La Orden descansa en una convención o tiene por finalidad una sociedad antigua y cuál sería esta? 2) - ¿Existen los Superiores Desconocidos y quiénes son? 3) - ¿Cuál es el fin verdadero de la Orden? 4) - ¿Es la restauración de la Orden del Temple? 5) - ¿De qué forma el ceremonial y los ritos deben ser organizados para tender a la perfección? 6) - ¿La Orden debe ocuparse de las ciencias secretas?

Como vemos, en esta encuesta se planteaba el conjunto de los problemas que agitaban de manera grave la Estricta Observancia, pero que, igual y más globalmente también, interesaban a la Masonería en general en el siglo XVIIIº, en la medida en que se tocaban aquí cuestiones fundamentales que versaban precisamente sobre el origen, la finalidad y la naturaleza de esta sociedad particular que, tanto para muchos profanos como para la mayoría de los iniciados, seguía siendo el objeto de un misterio impenetrable.

---

[16] J-B. Willermoz, *Los Sueños*, El Conocimiento, 1926, p. 163.
[17] *Ibid*., pp. 163-168.

Maistre cree «*en la realidad de una ciencia que puede poner al hombre en comunicación con inteligencias de orden superior; da por hecho que el cristianismo, en los primeros tiempos, era una verdadera iniciación en la que se desvelaba una verdadera magia divina. Maistre concluía diciendo que en la misma época una élite de iniciados había tenido acceso a ciertas verdades desconocidas por la mayoría. Es natural pues que los martinistas, quienes observaban generalmente la práctica del catolicismo pero vivían también de un catolicismo superior, le hubiesen inspirado cierta simpatía*»[18].

Es pues con una real confianza y una fuerza de convicción visible, con las que desarrolla sus argumentos escribiendo sus «Memorias» que no comprenden más de sesenta y cuatro páginas con unas letras apretadas.

Maistre, para lo que concierne a la primera pregunta de la carta circular, no da ningún crédito a la tesis Templaria, y nos da incluso, con motivo de ello, una opinión francamente negativa respecto a la Orden del Temple: «*Si nuestras ceremonias son verdaderamente el emblema de las vicisitudes de la Orden de los T(emplarios), sólo nos queda el arrepentimiento de haber sido masones; puesto que habremos empleado en este caso nuestro tiempo y nuestras facultades de una manera muy poco filosófica…*» *Como síntesis*, saca a la luz una idea central que ya no abandonará, la del **origen primitivo de la verdadera religión** de la que da testimonio en sus misterios de la Francmasonería: «*Hagamos*, dijo Maistre, *una genealogía clara y digna de nosotros… Remontemos a los primeros siglos de la ley santa, indaguemos en la antigüedad eclesiástica, preguntemos a los padres uno tras otro, reunamos, confrontemos los pasajes, demostremos que somos cristianos… Vayamos incluso más lejos:* ***la verdadera religión tiene mucho más de dieciocho siglos. Nació el día en que nacieron los días***»[19].

XI. La unión de las iglesias cristianas en torno a la idea del «cristianismo transcendente»

Para Joseph de Maistre, igual que para los fundadores del Régimen Rectificado, existe_una incomparable superioridad «iniciática» del cristianismo, y es vano e inútil buscar una fuente más «pura» que la iniciación masónica: «*Conformémonos con el Evangelio y dejemos las locuras de Memphis… Remontémonos al origen de las cosas y demostremos por una filiación innegable que nuestro sistema une al depósito primitivo los nuevos dones del Gran Reparador*». Como dice muy bien y con pertinencia Emile Dermenghem, *«La opinión personal de Maistre es muy clara: la iniciación masónica, la ciencia oculta moderna, es de esencia absolutamente religiosa y cristiana. Incluso parece que su opinión sobre la verdadera fuente de la iniciación deba buscarse en el cristianismo primitivo, depuración y expansión misma de una tradición más antigua, en una palabra, en la Cábala judeocristiana*»[20]. Así, los hermanos de la Orden deberán dedicarse muy especialmente a la «*unión de las iglesias cristianas y a la instrucción de los gobiernos*», tendrán por tarea buscar «*todo lo que puede contribuir al avance de la religión, a la extirpación de las*

[18] C.J. Gignoux, *Joseph de Maistre, Profeta del Pasado, Historiador del Futuro*, N.E.L., 1963, pp. 38-39.

[19] J. de Maistre, *Obras*, vol. II, *op. cit*., p. 97.

[20] E. Dermenghem *op.cit.*, p. 97. Creemos útil señalar que este nombre de «Gran Reparador», que reencontramos aquí en las Memorias de Joseph de Maistre, es el mismo utilizado por Martínez de Pasqually y los Élus Cohen para designar al Cristo, viniendo al mundo a restablecer los equilibrios rotos, mostrar el camino de la «Reintegración» y finalmente y sobre todo, a «reparar» las dramáticas consecuencias de la caída.

opiniones peligrosas, en una palabra, a elevar el trono de la verdad sobre las ruinas de la superstición y del escepticismo»; aquí está uno de los proyectos más esenciales para Maistre, el que le inspira quizás el pasaje más elocuente, desde el punto de vista político, de sus *Memorias.*

Hay que reconocerlo, la unidad de la cristiandad, a la que Maistre aspira, representa para él un objetivo prioritario por el estado inquietante en el que se encuentra Europa. Por lo tanto, no pierde la oportunidad de recordar: «*sería tiempo de borrar la vergüenza de Europa y del espíritu humano. De qué nos sirve tener una religión divina, ya que hemos desgarrado el vestido sin costura, y que los adoradores del Cristo, divididos por la interpretación de su Libro Santo, ¿no son llevados a excesos que harían sonrojar a Asia? … ¿No sería digno proponernos el avance del cristianismo como una de las metas de nuestra Orden?*»[21] .

Después, Maistre prosigue en el mismo sentido, insistiendo, con un sentido político y táctico ya muy pertinente que encontraremos más tarde en sus escritos, sobre un método ingenioso capaz de eludir muchos obstáculos: «Este *proyecto tendría dos partes, puesto que hace falta que cada comunión trabaje por sí misma, y trabaje por acercarse a los demás. Sin duda esta empresa parecerá quimérica a muchos hermanos, pero ¿por qué no intentaríamos lo que dos teólogos, Bossuet y Molanus, intentaron en el siglo pasado, con alguna esperanza de éxito?… Sin embargo, jamás esta unión tendrá lugar mientras se trate públicamente. La religión ya no debe ser considerada hoy en día sino como una pieza de la política de cada Estado, y ¡esta política es de un temperamento tan irritable! En cuanto se le ponga el dedo, entra en convulsión. El orgullo teológico hará nacer nuevos obstáculos, de modo que esta gran tarea solo puede prepararse secretamente… Trabajaremos lenta pero seguramente… estableciendo comités de correspondencia compuestos sobre todo por sacerdotes de diferentes comuniones… estudiosos e iniciados en la Orden*. *Como, según la expresión enérgica de un antiguo Padre, el universo fue antiguamente sorprendido de encontrarse ario, haría falta que los cristianos modernos se encontrasen sorprendidos de verse unidos*»[22].

Conclusión: el Régimen Rectificado debe consagrarse a la «revelación de la Revelación»

Estamos pues en presencia de un amplio proyecto, proyecto de restablecimiento de «la unidad cristiana», proyecto también de lucha contra la indiferencia en materia religiosa, en un momento en que el «libre pensamiento», el cientifismo, tomaban una importancia considerable en las mentes, y en que los fermentos viciados de una falsa concepción del laicismo se expandían peligrosamente y darán los frutos amargos que conoceremos en 1792 : «en el *momento en que el cristianismo perdió tanto terreno en las mentes y en el que los falsos sabios, arrancando el trigo de la cizaña, curaron los prejuicios ‘como la gangrena cura el dolor’*»[23].

Maistre quería hacer del Régimen Rectificado el instrumento efectivo del enderezamiento de la fe y de la religión, pero según una concepción «transcendente y ecuménica», lejos de todos los dogmatismos, y además, abordando el conocimiento del «cristianismo transcendente». Maistre

---

[21] J-B. Willermoz, *Los Sueños*, *op.cit*., p. 106.

[22] *Ibid*., pp. 107-108.

[23] E. Dermenghem observa con precisión que «el pasaje prueba que, desde esta fecha, Maistre construyó su famosa teoría de la superstición, que ya considera preferible al escepticismo, y busca un «*residuo divino*». (E. Dermenghem, op. cit., p. 67).

lo designa como que deba consagrase, según la magnífica expresión que emplea, a la «**revelación de la Revelación**», al conocimiento sublime, puesto que «*cualquier hombre conducido a las creencias cristianas estará necesariamente encantado de encontrar la solución de muchas dificultades penosas en los conocimientos que poseemos*»[24].

Es la apertura hacia la contemplación de las verdades sagradas y del conocimiento de **misterios olvidados por la Iglesia desde el siglo VIº**, preparación inicial a su puesta en marcha, y sobre todo su exposición doctrinal completa, en el seno de la clase no ostensible de la Orden.

Es el tiempo de la búsqueda profundizada sobre la naturaleza iniciática del cristianismo, del sentido real de las alegorías sagradas, de los misterios de la Escritura: «*Que algunos se adentren valientemente en los estudios eruditos que pueden multiplicar nuestros títulos e iluminar los que poseemos. Que otros, que su ingenio llame a las contemplaciones metafísicas, busquen en la naturaleza misma de las cosas las pruebas de nuestra doctrina. Que finalmente otros (y ¡agradara a Dios que haya muchos!) nos digan lo que han aprendido de este espíritu que sopla donde quiere, como quiere y cuando quiere*»[25].

*

Estamos pues, como comprobamos, en presencia de un auténtico programa de conocimiento esotérico, de una «**vía**», en el sentido tradicional del término, de iluminación interior, de interiorización de la fe y de su *realización* metafísica en el corazón de los hermanos, en la viva y concreta encarnación, en cada uno, del «cristianismo transcendente».

Maistre se encuentra completamente en estas líneas, en este verdadero «Manifiesto» de naturaleza espiritual y metafísica, pero también en toda la perspectiva metafísica, escatológica y doctrinal del Régimen Rectificado.

Joseph de Maistre presentía que los tiempos estaban cerca para que "e*l hombre revestido con su cuerpo de gloria*" sea por fin recibido en el seno de "la Unidad", reintegrado en su verdadera naturaleza divina, en su primera propiedad, virtud y potencia espiritual primitiva, no-separado de su verdadero origen.

Estos conocimientos no sólo están en el corazón de las enseñanzas de nuestro Régimen, sino que además hay que profundizar en la doctrina para descubrirlos y comprometerse después en un camino verdaderamente iniciático, fiel a la perspectiva del Régimen Rectificado, y no extraviarse por vías engañosas que alejan de la meta fijada en la Orden por sus fundadores en el siglo XVIIIº.

*

Así pues, estamos convencidos, si nos consideramos miembros del Régimen Rectificado, ello después de Jean-Baptiste Willermoz y Joseph de Maistre, de que vendrán los tiempos en que la

[24] J. de Maistre, *op. cit.*, 109.
[25] *Ibid.*, p. 112.

cabeza de la serpiente será aplastada y en que la celeste y santa Jerusalén con sus doce puertas descenderá con esplendor (Ap. XXI), puesto que el momento se acerca para que el hombre reencuentre su herencia perdida, reciba de nuevo su vestimenta de blancura, abandonando para siempre su terrible e insoportable "***vestimenta de piel***" con la que fue recubierto para su mayor vergüenza, puesto que "*las almas habiendo pecado al alejarse de su Creador, han merecido ser encerradas en diversos cuerpos como en una prisión …y este es el mundo actual*" (*Misceláneas B*, 2 dic. 1797); son éstas las tinieblas oscuras de la corrupción y de la generación en las cuales la humanidad fue aprisionada y en las que gime desde hace siglos por su castigo y de la que aspira, legítimamente, a ser definitivamente liberada.

Maistre, como un visionario, anuncia a modo de conclusión, que lo haremos nuestro puesto que resume todo a lo que aspiramos, todo lo que obramos y trabajamos en el seno de la Orden, lo que se puede designar como la «revelación de la Revelación»: "*Cuando lo que está afuera, (…) cuando la vida o la generación exterior se haga semejante a la vida interior o angélica. Entonces sólo habrá un nacimiento. Ya no habrá sexo. El macho y la hembra no formarán sino uno y el reino de Dios llegará a la tierra como en el cielo*" (*Misceláneas A*).

Amen +

Jean-Marc Vivenza
Johannes-Marcus, i.O. Eq. a Crucis Mysterio
Lyon, sábado 13 de diciembre de 2014



Lyon - Francia

LA ORACIÓN

Jean-Baptiste Willermoz

Mis pensamientos y los de los otros
B.M. de Lyon (Ms 5476)

El estudio sin la oración, dijo hace tiempo un sabio, es un verdadero ateísmo, y la oración sin el estudio una vana presunción. Esto quiere decir que quien cree poder adquirir una verdadera luz por el estudio y por la sola fuerza de su aplicación, piensa y actúa como un ateo, y quien presume de que para obtener el conocimiento de la verdad le es suficiente con pedirlo en sus oraciones, sin hacer ningún esfuerzo para descubrirla y sin meditar sobre sus vías, solo es un hombre presuntuoso, cobarde o indiferente ante ella. El primero sólo adquirirá una ciencia vana y peligrosa, el otro continuará en la ignorancia.

[…] Verdad eterna, tú me envuelves con tus rayos, pero las sombras tenebrosas se levantan sin cesar ante mi alma y me impiden elevar mi mirada hasta ti.

Todos los días, por la tarde y a media noche, por la mañana y al mediodía, te invoco con ardor. Mis esfuerzos son vanos e inútiles. El espeso velo de mis afecciones materiales priva mi vista de tu luz.

Las imágenes de los objetos a los cuales se libran mis sentidos, se colocan en gran número entre tu acción bienhechora y los débiles esfuerzos de mi voluntad; me desvían y me arrastran por sus ilusiones engañosas. Te me escapas y pierdo la esperanza de llegar a ti.

Oh verdad sin la cual mi ser solo es nada, no cesaré de invocarte. Hasta que hayas satisfecho mi deseo, mis anhelos serán mi única existencia. Escucha mi voz, ven a activar lo que te pido con tanto ardor. Abjuro del amor a los objetos sensibles; solamente a ti amaré y contemplaré por siempre como mi única vida. Pues tú eres la vida del hombre, y sé con evidencia que mi destino es vivir siempre en ti y contigo.

[…] ¿Dónde podré encontrar la ciencia de la sabiduría? He pasado los días y las noches en la búsqueda y las meditaciones y aún me pregunto dónde se oculta. El hombre está lejos de conocerla y de saber su precio.

No se encuentra ni en las profundidades del mar ni en los abismos de la tierra. ¿Dónde se halla pues esta sabiduría y esta inteligencia? ¿Dónde la podré encontrar? He consultado a todos los seres vivos; ninguno la ha percibido aún, y he visto que no está en ellos… Solo Dios conoce la ruta que conduce hasta ella; sólo Él sabe dónde se encuentra.

Cuando Él dio leyes a todos los seres, sometió a sus órdenes a los vientos y las tempestades y dirigió el rayo en la dirección que le impuso, la sabiduría estaba ante Él. Entonces, dijo al hombre: Solo encontrarás la ciencia y la inteligencia en el temor al Señor.

EL MÉTODO DE ORACIÓN HESICASTA

según la enseñanza del
padre Serafín del Monte Athos[26]

"A Aquellos que un día iniciaron el Camino del Corazón: la Hesiquía"

Cuando un joven filósofo llegó al Monte Athos, había leído ya un cierto número de libros sobre la espiritualidad ortodoxa, particularmente la pequeña filocalia de la oración del corazón en los relatos del peregrino ruso. Estaba seducido sin estar verdaderamente convencido. Una liturgia vivida en su ciudad le había inspirado el deseo de pasar algunos días en el Monte Athos, con ocasión de sus vacaciones en Grecia, para saber un poco más sobre el método de la oración de los hesicastas, esos silenciosos a la búsqueda de la "hesychia", es decir, de paz interior.

Contar con detalle cómo llegó al padre Serafín, que vivía en un eremitorio próximo a San Pantaleón, sería demasiado largo. Digamos únicamente que el joven filósofo estaba un poco cansado. No encontraba a los monjes a la altura de sus libros. Digamos también que, si bien había leído varios libros sobre la meditación y la oración, no había rezado verdaderamente ni practicado una forma particular de meditación, y lo que pedía en el fondo no era un discurso más sobre la oración o la meditación sino una "iniciación" que le permitiera vivirlas y conocerlas desde dentro, por la experiencia, y no sólo de "oídas".

El padre Serafín tenía una reputación ambigua entre los monjes de su entorno. Algunos le acusaban de levitar, otros de que gritaba y gemía, algunos le consideraban como un campesino ignorante, otros como un venerable staretz[27] inspirado por el Espíritu Santo y capaz de dar profundos consejos así como de leer en los corazones.

Cuando se llegaba a la puerta de su eremitorio, el padre Serafín tenía la costumbre de observar al recién llegado de la manera más impertinente: de la cabeza a los pies, durante cinco largos minutos, sin dirigirle ni una palabra. Aquéllos a quienes ese examen no hacía huir, podían escuchar el áspero diagnóstico del monje:

> *En usted no ha descendido más abajo del mentón.*
> *De usted, no hablemos. Ni siquiera ha entrado.*
> *Usted... no es posible... qué maravilla. Ha bajado hasta sus rodillas...*

---

[26] JEAN-YVES LELOUP. Questions de: "Meditation" nº 67. Ed. Albin Michel.

[27] Un **staretz** (vocablo ruso ***cmáрец*** *[stárets]*, *pl* ***cmáрцы*** *[stártsy]*, *f* ***cmáрицa*** *[stáritsa]*) es una persona que desempeña su función como consejero y maestro en monasterios ortodoxos. Los *Stártsy* son guías espirituales cuya sabiduría se remonta tanto a la experiencia, como a la intuición. Se cree que a través de la práctica del ascetismo y una vida virtuosa, el Espíritu Santo les provee de dones especiales a los *stártsy*, incluyendo la habilidad de curar, realizar profecías y proveer una guía y dirección espiritual efectiva. Los *stártsy* son tomados por los creyentes como un ejemplo de santa virtud, fe incondicional y paz espiritual. Ese nombre lo obtienen cuando el pueblo, tanto laicos como clérigos, comienza a reconocerlos y venerarlos como tales, observando su fuerza y pureza espirituales.

Hablaba del Espíritu Santo y de su descenso más o menos profundo en el hombre. Algunas veces a la cabeza, pero no siempre al corazón ni a las entrañas... Así es como juzgaba la santidad de alguien, según su grado de encarnación del espíritu. El hombre perfecto, el hombre transfigurado era para él, el habitado todo entero por la presencia del Espíritu Santo de la cabeza a los pies. "Esto no lo he visto sino una vez en el staretz Silvano, decía, era verdaderamente un hombre de Dios, lleno de humildad y de majestad".

El joven filósofo no estaba aún ahí. El Espíritu Santo sólo había encontrado paso en él "hasta el mentón". Cuando pidió al padre Serafín que le hablase de la oración del corazón y de la oración pura según Evagrio Póntico, el padre Serafín comenzó a gemir. Esto no desanimó al joven, que insistió. Entonces el padre Serafín le dijo: "Antes de hablar de la oración del corazón, aprende primero a meditar como la montaña...". Y le mostró una enorme roca: "Pregúntale cómo hace para rezar. Después vuelve a verme".

MEDITAR COMO UNA MONTAÑA

Así comenzó para el joven una verdadera iniciación al método de oración hesicasta. La primera meditación que le habían propuesto se refería a la estabilidad, al enraizamiento de un buen cimiento.

En efecto, el primer consejo que se puede dar al que quiere meditar no es de orden espiritual sino físico: siéntate. Sentarse como una montaña quiere decir tomar peso, estar grávido de presencia. Los primeros días al joven le costaba mucho quedarse inmóvil, con las piernas cruzadas, con la pelvis ligeramente más alta que las rodillas. Una mañana sintió realmente lo que quería decir meditar como una montaña. Estaba allí con todo su peso, inmóvil. Formaba una sola cosa con ella, silencioso bajo el sol. Su noción del tiempo había cambiado ligeramente. Las montañas tienen un tiempo distinto, otro ritmo. Estar sentado como una montaña es tener la eternidad delante, es la actitud justa para el que quiere entrar en la meditación: saber que está la eternidad detrás, adentro y delante de sí.

Antes de construir una iglesia es necesario ser piedra y sobre esta piedra (esta solidez imperturbable de la roca) Dios podría construir su Iglesia y hacer del cuerpo del hombre su templo. Así comenzó a comprender el verdadero sentido de la palabra evangélica: "Tú eres piedra y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia".

Se quedó así varias semanas. Lo más duro era pasar varias horas "sin hacer nada". Era menester volver a aprender a estar, simplemente estar, sin objeto ni motivo. Meditar como una montaña era la meditación misma del Ser, "del simple hecho de Ser", antes de cualquier pensamiento, cualquier placer o dolor.

El padre Serafín le visitaba cada día, compartía con él sus tomates y algunas aceitunas. A pesar de este régimen tan frugal, el joven parecía haber ganado peso. Su paso era más tranquilo. La montaña parecía haberle entrado en la piel. Sabía acoger su tiempo, acoger las estaciones, estar silencioso y tranquilo, a veces como la tierra árida y dura, otras veces como el flanco de una colina que espera la cosecha.

Meditar como una montaña había modificado igualmente el ritmo de sus pensamientos. Había aprendido a "ver" sin juzgar, como si diese a todo lo que crece en la montaña "el derecho de existir".

Un día, unos peregrinos, impresionados por la calidad de su presencia, le tomaron por un monje y le pidieron la bendición. Al enterarse de esto, el padre Serafín comenzó a molerle a golpes... El joven empezó a gemir.

"Menos mal, creía que te habías hecho tan estúpido como los guijarros del camino... La meditación hesicasta tiene el enraizamiento, la estabilidad de las montañas, pero su objetivo no es hacer de ti un tocho muerto sino un hombre vivo".

Tomó al joven del brazo y le condujo hasta el fondo del jardín donde, entre las hierbas salvajes, se podían ver algunas flores.

"Ahora ya no se trata de meditar como una montaña estéril. Aprende a meditar como una amapola, aunque no olvides por eso la montaña".

MEDITAR COMO UNA AMAPOLA

Así fue cómo el joven aprendió a florecer.

La meditación es ante todo un cimiento y eso es lo que le había enseñado la montaña. Pero la meditación es también una "orientación", y es lo que ahora le enseñaba la amapola: volverse hacia el sol, volverse desde lo más profundo de sí mismo hacia la luz. Hacer de ello la aspiración de toda su sangre, de toda su savia.

Esta orientación hacia lo bello, hacia la luz, le hacía a veces enrojecer como una amapola. Aprendió también que para permanecer bien orientada, la flor debía tener el tallo erguido. Comenzó, pues, a enderezar su columna vertebral.

Esto le planteaba algunas dificultades porque había leído en ciertos textos de la filocalia que el monje debía estar ligeramente curvado, con la mirada vuelta al corazón y las entrañas.

Cuando pidió una explicación al padre Serafín, los ojos del staretz le miraron con malicia. "Eso era para los forzudos de otros tiempos. Estaban llenos de energía y había que recordarles la humildad de la condición humana. Doblarse un poco el tiempo de la meditación no les hacía ningún daño... pero tú más bien tienes necesidad de energía y, por tanto, en el tiempo de la meditación, enderézate, estate vigilante, ponte derecho vuelto hacia la luz, pero sin orgullo... por otro lado, si observas bien la amapola, te enseñará no sólo el enderezamiento del tallo sino además una cierta flexibilidad bajo las inspiraciones del viento y también una gran humildad".

En efecto, la enseñanza de la amapola consistía también en su fugacidad, en su fragilidad. Había que aprender a florecer pero también a marchitarse. El joven comprendía mejor las palabras del profeta: "Toda carne es como la hierba y su delicadeza es la de la flor de los campos. La hierba

se seca, la flor se marchita... Las naciones son como una gota de agua de rocío en el borde de un cubo... Los jueces de la tierra apenas plantados, apenas arraigados..., se secan y la tempestad se los lleva como paja" (Is. 40).

La montaña le había enseñado el sentido de la eternidad, la amapola le enseñaba la fragilidad del tiempo: meditar es conocer lo Eterno en la fragilidad del instante, un instante recto, bien orientado. Es florecer el tiempo en que se nos ha dado florecer, amar en el tiempo en que se nos ha dado amar, gratuitamente, sin por qué; puesto que ¿por qué florecen las amapolas?

Aprendía así a meditar "sin objeto ni beneficio", por el placer de ser y de amar la luz. "El amor tiene en sí mismo su propia recompensa", decía San Bernardo. "La rosa florece porque florece, sin por qué", decía también Angelus Silesius. La montaña florece en la amapola, pensaba el joven, todo el universo medita en mí. Ojalá pueda enrojecer de alegría todo el tiempo que dure mi vida". Este pensamiento era sin duda excesivo. El padre Serafín comenzó a sacudir a nuestro filósofo y de nuevo le cogió por el brazo.

Lo llevó por un camino abrupto hasta el borde del mar, a una pequeña cala desierta. "Deja ya de rumiar como una vaca el sentido de las amapolas. Adquiere también el corazón marino. Aprende a meditar como el océano".

MEDITAR COMO EL OCÉANO

El joven se acercó al mar. Había adquirido un buen cimiento y una orientación recta; estaba en buena postura. ¿Qué le faltaba? ¿Qué podía enseñarle el chapoteo de las olas? El viento se levantó. El flujo y reflujo del mar se hizo más profundo y eso despertó en él el recuerdo del océano. En efecto, el viejo monje le había aconsejado meditar "como el océano" y no como el mar. Cómo había adivinado que el joven había pasado largas horas al borde del Atlántico, sobre todo de noche, y que conocía ya el arte de poner de acuerdo su respiración con la gran respiración de las olas. Inspiro, expiro... y luego soy inspirado, soy expirado. Me dejo llevar por el soplo como alguien que se deja llevar por las olas. Hacía el muerto, llevado por el ritmo de las respiraciones del océano. Eso le había conducido a veces al borde de extraños desvanecimientos. Pero la gota de agua, que en otro tiempo "se desvanecía en el mar", guardaba hoy su forma, su consciencia. ¿Era efecto de su postura?, ¿de su enraizamiento en la tierra? Ya no era el ritmo profundizado de su respiración quién le llevaba. La gota de agua conservaba su identidad y sin embargo sabía "ser una" con el océano. De este modo el joven aprendió que meditar es respirar profundamente, dejar ir el flujo y reflujo del aliento.

Aprendió igualmente que aunque hubiese olas en la superficie, el fondo del océano seguía estando tranquilo. Los pensamientos van y vienen, nos llenan de espuma, pero el fondo del ser permanece inmóvil. Meditar a partir de las olas que somos para perder pie y echar raíces en el fondo del océano. Todo esto se hacía cada día un poco más vivo en él y se acordaba de las palabras de un poeta que le habían impresionado en su adolescencia: "La existencia es un mar lleno de olas que no cesan. De este mar la gente normal sólo percibe las olas. Mira cómo de las profundidades del mar aparecen en la superficie innumerables olas mientras que el mar queda oculto en ellas".

Hoy el mar le parecía menos "oculto en las olas", la unidad de las cosas parecía más evidente sin que esto aboliera la multiplicidad. Tenía menos necesidad de oponer el fondo y la forma, lo visible y lo invisible. Todo constituía el océano único de su vida.

En el fondo de su alma, ¿no estaba el ruah, el pneuma, el gran soplo de Dios?

"El que escucha atentamente su respiración, le dijo entonces el monje Serafín, no está lejos de Dios. Escucha quién está ahí, al final de tu expiración, quién está en el origen de tu inspiración". En efecto, había momentos de silencio más profundos entre el flujo y reflujo de las olas, había allí algo que parecía llevar en sí el océano.

MEDITAR COMO UN PÁJARO

Estar sobre un buen cimiento, estar orientado hacia la luz, respirar como un océano no es todavía la meditación hesicasta, le dijo el padre Serafín; ahora debes aprender a meditar como un pájaro. Y le llevó a una pequeña celda cercana a su eremitorio donde vivían dos tórtolas. El arrullo de los dos animalitos le pareció de momento encantador pero no tardó en ponerle nervioso. Parece que escogían el momento en que caía dormido para arrullarse con las palabras más tiernas. Preguntó al viejo monje qué significaba todo aquello y si esa comedia iba a durar mucho. La montaña, la amapola, el océano, podían pasar (aunque uno pueda preguntarse qué hay de cristiano en todo ello), pero proponerle ahora este pájaro lánguido como maestro de meditación era demasiado.

El padre Serafín le explicó que en el Antiguo Testamento la meditación se expresa con la raíz traducida en general al griego por m,l,t, -meletan- y en latín por meditari-meditatio. En su forma primitiva la raíz significa "murmurar a media voz". Igualmente se emplea para designar gritos de animales, por ejemplo el rugido del león (Is 31,4), el piar de la golondrina y el canto de la paloma (Is 38,14), pero también el gruñido del oso.

"En el monte Athos no hay osos. Por eso te he traído junto a una tórtola, pero la enseñanza es la misma. Hay que meditar con la garganta, no sólo para acoger el aliento, sino para murmurar el nombre de Dios día y noche... Cuando eres feliz, casi sin darte cuenta canturreas, murmuras a veces palabras sin significado y ese murmullo hace vibrar todo tu cuerpo con una alegría sencilla y serena. Meditar es murmurar como una tórtola, dejar subir ese canto que viene del corazón, como tú has aprendido a dejar que suba a ti el perfume de la flor... Meditar es respirar cantando. Sin quedarnos mucho en su significado, te propongo que repitas, murmures, canturrees lo que está en el corazón de todos los monjes del monte Athos: "*Kyrie eleison, Kyrie eleison...*"

Esto no le gustaba mucho al joven filósofo. En algunas bodas o entierros lo había oído traducido por: "Señor, ten piedad".

El monje se puso a sonreír: "Sí, es uno de los significados de esta invocación, pero hay otros muchos. Quiere decir también "Señor, envía tu Espíritu", que tu ternura esté sobre mí y sobre todos", "que tu nombre sea bendito", etc., pero no busques demasiado el sentido de la

invocación. Ella se te revelará por sí misma. De momento sé sensible y estate atento a la vibración que despierta en tu cuerpo y en tu corazón. Procura armonizarla apaciblemente con el ritmo de tu respiración. Cuando te atormenten tus pensamientos recurre suavemente a esta invocación, respira más profundamente, mantente erguido y conocerás el comienzo de la hesiquia, la paz que da Dios sin engaño a los que le aman".

Al cabo de algunos días el "Kyrie eleison" se le hizo más familiar. Le acompañaba como el zumbido acompaña a la abeja cuando hace la miel. No lo repetía siempre con los labios. El zumbido se hacía entonces más interior y su vibración más profunda.

El "Kyrie eleison" cuyo sentido había renunciado a "pensar" le conducía a veces al silencio desconocido y se encontraba en la actitud del apóstol Tomás cuando descubrió a Cristo resucitado: "Kyrie eleison", mi Señor es mi Dios.

La invocación le llevaba poco a poco a un clima de intenso respeto por todo lo que existe. Pero también de adoración por lo que está oculto en la raíz de toda existencia.

El padre Serafín le dijo entonces: "Ya no estás lejos de meditar como un hombre. Tengo que enseñarte la meditación de Abraham".

MEDITAR COMO ABRAHAM

Hasta aquí la enseñanza del staretz era de orden natural y terapéutico. Según el testimonio de Filón de Alejandría, los antiguos monjes eran "terapeutas". Más que conducir a la iluminación, su papel consistía en curar la naturaleza; ponerla en las mejores condiciones para que pudiera recibir la gracia, que no contradecía la naturaleza sino que la restauraba y cumplía. Es lo que hacía el monje con el joven filósofo enseñándole un método de meditación que algunos podrían llamar "puramente natural". La montaña, la amapola, el océano, el pájaro, eran otros tantos elementos de la naturaleza que recuerdan al hombre que debe ir más lejos, recapitular los diferentes niveles del ser o incluso los diferentes reinos que componen el macrocosmos: el reino mineral, el reino vegetal, el reino animal... A menudo el hombre ha perdido el contacto con el cosmos, con la roca, con los animales, y esto ha provocado en él desazones, enfermedades, inseguridades, ansiedad. La persona humana se siente "de más", extranjera en el mundo. Meditar era comenzar a entrar en la meditación y la alabanza del universo porque, como dicen los Padres, "todas las cosas saben rezar antes que nosotros". El hombre es el lugar en que la oración del mundo toma consciencia de ella misma; está para nombrar lo que balbucean las criaturas. Con la meditación de Abraham entramos en una consciencia nueva y más alta que se llama fe, es decir, la adhesión de la inteligencia y del corazón en ese "tú" que se transparenta en el tuteo múltiple de todos los seres.

Esa es la experiencia de Abraham: detrás del titilar de las estrellas hay algo más que estrellas, una presencia difícil de nombrar, que nada puede nombrar y que sin embargo posee todos los nombres.

Es algo más que el universo y que sin embargo no puede ser aprehendido fuera del universo. La diferencia que hay entre el azul del cielo y el azul de una mirada, más allá de todos los azules. Abraham iba a la búsqueda de esa mirada.

Después de haber aprendido el cimiento, el enraizamiento, la orientación positiva hacia la luz, la respiración apacible de los océanos, el canto interior, el joven estaba invitado a despertar el corazón. "He aquí que de repente tú eres alguien". Lo propio del corazón es, en efecto, personalizarlo todo y en este caso, personalizar al Absoluto, la fuente de todo lo que es y respira, nombrarlo, llamarle "mi Dios, mi Creador" e ir en su Presencia. Para Abraham meditar es mantener bajo las apariencias más variadas el contacto con esta Presencia. Esta forma de meditación entra en los detalles concretos de la vida cotidiana. El episodio de la encina de Mambre nos muestra a Abraham "sentado a la entrada de la tienda, en lo más cálido del día" (Gén. 18:1); allí acoger a tres extranjeros que van a revelarse como enviados de Dios. Meditar como Abraham, decía el padre Serafín, es "practicar la hospitalidad: el vaso de agua que das al que tiene sed, no te aleja del silencio sino que te acerca a la fuente. Meditar como Abraham, ya lo entiendes, no sólo despierta en ti paz y luz sino también el amor por todos los hombres". El padre Serafín leyó al joven el famoso pasaje del libro del Génesis en que se trata de la intercesión de Abraham. "Abraham estaba delante de Yahvé... se acercó y le dijo: ¿Vas a suprimir al justo con el pecador? ¿Acaso hay cincuenta justos en la ciudad y no perdonarás a la ciudad por los cincuenta justos que hay en su seno...?" Poco a poco Abraham fue reduciendo el número de los justos para que Gomorra no fuera destruida. "Que mi Señor no se irrite y hablaré una vez más: ¿Acaso se encontrarán Diez?" (Gen 18,16).

Meditar como Abraham es interceder por la vida de los hombres, no ignorar su corrupción pero sin embargo no desesperar jamás de la misericordia de Dios.

Este estilo de meditación libera el corazón de cualquier juicio y condena, en todo tiempo y lugar. Aunque sean muchos los horrores que pueda contemplar, llama al perdón y a la bendición.

Meditar como Abraham lleva aún más lejos. Las palabras pugnaban por salir de la garganta del padre Serafín, como si quisiera ahorrar al joven una experiencia por la que él mismo había debido pasar y que despertaba en su memoria un temblor casi sutil... esto puede llevar hasta el sacrificio... y le citó el pasaje del Génesis en que Abraham se muestra dispuesto a sacrificar a su propio hijo Isaac: "Todo es de Dios, murmuró el padre Serafín, Todo es de El, por El y para El. Meditar como Abraham te lleva a una total desposesión de ti mismo y de lo que te es más querido... Busca lo que valoras más, lo que identifica tu yo... para Abraham era su hijo único. Si eres capaz de esta donación, de ese abandono moral, de esa confianza infinita en lo que trasciende toda razón y todo sentido común, todo te será devuelto centuplicado. "Dios proveerá". Meditar como Abraham es adherirse por la fe a lo que trasciende el universo, es practicar la hospitalidad, interceder por la salvación de todos los hombres. Es olvidarse de uno mismo y romper los lazos más legítimos para descubrirnos a nosotros mismos, a nuestros prójimos y al universo habitado por la infinita presencia del "Único que es".

MEDITAR COMO JESÚS

El padre Serafín se mostraba cada vez más discreto. Notaba los progresos que hacía el joven en su meditación y oración. Varias veces le había sorprendido con el rostro bañado en lágrimas, meditando como Abraham e intercediendo por los hombres: "Dios mío, misericordia. ¿Que será de los pecadores?" Un Día, el joven fue hacia él y le preguntó: padre ¿por qué no me hablas nunca de Jesús? ¿Cómo era su oración, su forma de meditar? En la liturgia y en los sermones sólo se habla de él. En la oración del corazón, tal como se describe en la filocalia, hay que invocar su nombre. ¿Por qué no me dices nada de eso?"

El padre Serafín pareció turbarse; como si el joven le preguntara algo indecente, como si tuviera que revelar su propio secreto. Cuanto más grande es la revelación recibida, más grande debe ser nuestra humildad para transmitirla. Sin duda no se sentía tan humilde: "Eso sólo el Espíritu Santo te lo puede enseñar". "Quién es el Hijo lo sabe sólo el Padre; quién es el Padre, lo sabe sólo el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar" (Lc 10, 22). Tienes que hacerte hijo para rezar como el Hijo y tener, con quien él llama su Padre, las mismas relaciones de intimidad que él y esto es obra del Espíritu Santo. Él te recordará todo lo que Jesús ha dicho. El evangelio se hará vivo en ti y te enseñará a rezar como hay que hacerlo".

El joven insistió: "Pero dime algo más". El viejo sonrió: "Ahora, lo que mejor podría hacer sería gemir, pero tú lo tomarías como un signo de santidad; por lo tanto mejor será decirte las cosas con sencillez. Meditar como Jesús recapitula todas las formas de meditación que te he transmitido hasta ahora. Jesús es el hombre cósmico... sabía meditar como la montaña, como la amapola, como el océano, como la paloma. Sabía meditar como Abraham. Su corazón no tenía límites, amando hasta a sus enemigos, sus verdugos: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Practicando la hospitalidad con los que se llamaban enfermos y pecadores, los paralíticos, las prostitutas, los colaboracionistas... Por la noche se retiraba a orar en secreto y allí murmuraba como un niño "abba", que quiere decir "papá"... Esto puede parecer insignificante, llamar "papá" al Dios transcendente, infinito, innombrable, más allá de todo. El cielo y la tierra se acercan terriblemente. Dios y el hombre se hacen una sola cosa... quizás hace falta que alguien te haya llamado "papá" en la oscuridad para comprenderlo... Pero tal vez hoy estas relaciones íntimas de un padre y una madre con su hijo ya no signifiquen nada. Quizás sea una mala imagen. Por eso yo prefería no decirte nada, no usar imágenes y esperar a que el Espíritu Santo pusiera en ti los sentimientos y el conocimiento de Jesucristo para que ese "abba" no saliera de la punta de los labios sino del fondo de tu corazón. Ese día empezarás a comprender lo que es la oración, la meditación de los hesicastas".

Ahora vete.

El joven se quedó algunos días más en el monte Athos. La oración de Jesús le llevaba a los abismos, a veces al borde de una cierta "locura". "Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí", podía decir con san Pablo. Delirio de humildad, de intercesión, de deseo de que "todos los hombres se salven y lleguen al pleno conocimiento de la verdad". Se hacía amor, se hacía fuego. La zarza ardiente ya no era para él una metáfora sino una realidad: "Ardía pero sin

consumirse". Fenómenos extraños de luz visitaban su cuerpo. Algunos decían que le habían visto andar sobre el agua o estar inmóvil a treinta centímetros del suelo...

Esta vez el padre Serafín se puso a gemir: "¡Ya está bien! Ahora vete". Y le pidió que dejara Athos, que volviera a su casa y que viese allí lo que quedaba de esas bellas meditaciones hesicastas.

El joven se fue. Volvió a su país. Lo encontraron más delgado y no vieron nada espiritual en su barba más bien sucia ni en su aspecto más bien descuidado... Pero la vista de su ciudad no le hizo olvidar la enseñanza de su staretz.

Cuando estaba muy agobiado, sin nada de tiempo, se sentaba como una montaña en la terraza del café.

Cuando sentía en él orgullo o vanidad, se acordaba de la amapola ("toda flor se marchita"), y de nuevo su corazón se volvía hacia la luz que no pasa nunca.

Cuando la tristeza, la cólera, el disgusto, invadía su alma, respiraba profundamente, como un océano, volvía a tomar aliento en el soplo de Dios, invocaba su nombre y murmuraba: "Kyrie Eleison".

Cuando veía el sufrimiento de los seres humanos, su maldad y su impotencia para cambiar nada, se acordaba de la meditación de Abraham.

Cuando le calumniaban, cuando decían de él todo tipo de infamias, era feliz meditando con Cristo...

Exteriormente era un hombre como los demás. No intentaba tener "aire de santo"...

Había olvidado incluso que practicaba el método de oración hesicasta; simplemente intentaba amar a Dios en cada momento y caminar en su presencia.

ACERCA DE LA ORACIÓN DE JESÚS*



La invocación incesante del nombre de Jesús

Existe, en la vida de las Iglesias de oriente y de la Iglesia ortodoxa rusa en particular, una práctica espiritual de la oración muy profunda: la oración de Jesús u oración del corazón. La misma fue introducida en Rusia hacia mediados del siglo XIV y san Sergio, el fundador del monaquismo ruso, la conocía y la practicaba, así como sus discípulos. Entre ellos, Nil de la Sora es uno de los más conocidos. Otro monje muy conocido, Paisij Velitchkovsky, la difundió y popularizó en el siglo XVIII.

Pero, a través de las Iglesias de oriente, esta práctica se remonta a la tradición de los Padres griegos de la edad media bizantina: Gregorio Palamas, Simeón el Nuevo Teólogo, Máximo el Confesor, Diádoco de Fótice; así como a los Padres del desierto de los primeros siglos: Macario y Evagrio. Algunos la vinculan con los mismos apóstoles: «Esta oración, dice un texto de la Filocalia, nos viene de los santos apóstoles. Les servía para orar sin interrupción, siguiendo la exhortación de san Pablo a los cristianos de orar sin cesar».

Esta tradición espiritual tuvo sus principales focos de vida en los monasterios del Sinaí a partir del siglo XV, y en el monte Athos, especialmente en el XIV. Desde fines del siglo XVIII se expandió fuera de los monasterios gracias a una obra, la *Philocalie* publicada en 1782 por un monje griego, Nicodemo el Hagiorita y editada en ruso, poco después, por Paisij Velitchkovsky. Otra más reciente la popularizó, los *Relatos de un peregrino ruso* (fin del siglo XIX). Ese libro está extensamente difundido en Rusia; fue traducido al francés en 1945 por Ediciones du Seuil y existen varias ediciones en castellano (*Relatos de un peregrino ruso*, Salamanca 1997).

* Este estudio fue preparado basándose en el trabajo de J. Serr, *La prière du coeur*, Abbaye de Bellefontaine, Bégrolles (Maine-et-Loire) 1977. Figura como introducción a la obra *La Filocalia de la Oración de Jesús*, 7ª Edición, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2004.

La oración de Jesús es una corriente de la espiritualidad oriental, pero algunos ven en ella, además, el «tipo esencial de la mística ortodoxa» (Bulgakov). Otro autor se atreve a denominarla: «corazón de la Ortodoxia»[28].

Esta oración consiste en una invocación incesante del nombre de Jesús, de allí su nombre: oración de Jesús. Ella encuentra su fuerza en la virtud del nombre divino, el nombre de Yahvé en el Antiguo Testamento, el nombre de Jesús en el Nuevo Testamento, particularmente en el libro de los Hechos de los apóstoles: «Aquel que invoque el nombre del Señor será salvado» (Hech 2, 21). El nombre es la persona misma. El nombre de Jesús salva, cura, arroja los espíritus impuros, purifica el corazón. Se trata de «llevar constantemente en el corazón al muy dulce Jesús, de ser inflamado por el recuerdo incesante de su nombre bienamado y por un inefable amor hacia él», así se expresa el padre Paisij Velitchkovsky[29].

Esta oración se apoya en las exhortaciones apostólicas: «Orad sin cesar...» (1 Tes 5, 17); «Haced en todo tiempo, mediante el Espíritu, toda clase de oraciones...» (Ef 6, 18); e incluso sobre la parábola de Jesús mostrando que «es necesario orar siempre sin descanso» (Lc 18, 1); y sobre esta palabra de orden: «Velad y orad en todo tiempo» (Lc 21, 36).

Dicha oración consiste en repetir sin cesar la fórmula: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador» (según Lc 18, 38). Se trata del grito del ciego de Jericó que implora a Jesús la curación, y también de la oración del publicano: «Oh Dios, compadécete de mí, que soy pecador» (Lc 18, 13). Es también el *Kyrie eleison* –«Señor, ten piedad de nosotros»– de la liturgia. «La forma primitiva de la oración de Jesús, dice Meyendorf[30], parece ser el *Kyrie eleison* cuya repetición constante en las liturgias orientales se remonta también a los Padres del desierto».

Las palabras de la fórmula pueden variar, pero se recomienda aplicarse a una fórmula breve y fija. Esto tomará el nombre de «oración monológica». «Que vuestra oración ignore toda multiplicidad: una sola palabra bastó al publicano y al hijo pródigo para obtener el perdón de Dios. Que no exista afectación en las palabras de vuestra oración: ¡cuántas veces los balbuceos simples y monótonos de los niños conmueven a su padre! No os lancéis en largos discursos para no disipar vuestro espíritu en la búsqueda de palabras. Una sola palabra del publicano conmovió la misericordia de Dios; una sola palabra llena de fe salvó al ladrón. La prolijidad en la oración a menudo llena el espíritu de imágenes y lo disipa, mientras que a menudo una sola palabra (monología) tiene por efecto recogerlo»[31].

La respiración del nombre de Jesús

La oración de Jesús puede comenzar por una oración vocal recitada un cierto número de veces –con ayuda de un rosario, por ejemplo– y bajo la dirección de un guía espiritual o *staretz*. El rosario ortodoxo, hecho de lana negra trenzada, posee cien «nudos»; los hay más cortos. Se puede

[28] H. de B., *La prière du coeur*: Messager de l'Exarchat 13 (1953) 13.
[29] Citado por E. Behr-Sigel, *La prière de Jesús ou le mystére de la spiritualité monastique orthodoxe*, en *La douloureuse Joie*, Bellefontaine 1974, 92.
[30] J. Meyendorf, *S. Grégoire Palamas et la mystique orthodoxe*, Paris 1959.
[31] Juan Clímaco, *La santa escala*.

recitar uno, o dos, o varios, a ciertas horas del día. Pero éste es sólo un medio exterior que debe conducir a la oración interior. Esta debe entonces adecuarse al ritmo de la respiración. Se recomienda ser prudente y no separarse de las directrices dadas por el *staretz*. El *staretz* es un anciano, por lo general monje, que tiene experiencia en la oración y es apto para ser el «padre» o guía espiritual. Sin embargo, si se está en la imposibilidad de tener un guía semejante, «es posible dejarse guiar por la santa Escritura», dice el padre Velitchkovsky, «y por las recomendaciones de los Padres».

La respiración sirve de soporte y de símbolo espiritual a la oración. «El nombre de Jesús es un perfume que se expande» (Cant 1, 4) y que se ama respirar. El soplo de Jesús es espiritual, cura, arroja los demonios, comunica el Espíritu santo (Jn 20, 22).

El Espíritu santo es soplo divino (*Spiritus*, *spirare*), espiración de amor en el seno del misterio trinitario. La respiración de Jesús, como el latido de su corazón, debía estar ligada sin cesar a ese misterio de amor, como también a los suspiros de la criatura (Mt 7, 34; 8, 12) y a las «aspiraciones» que todo corazón humano lleva en sí. «El mismo Espíritu intercede dentro de nosotros con gemidos inefables» (Rom 8, 26).

La función respiratoria, esencial para la vida del organismo, está ligada a la circulación de la sangre, al ritmo del corazón, a las fibras más profundas de nuestro ser. La respiración profunda del nombre de Jesús es vida para la criatura: «El que da a todos la vida, la respiración y todas las cosas. En él tenemos la vida, el movimiento y el ser» (Hech 17, 25-28). «En lugar de respirar al Espíritu santo, dice Gregorio el Sinaíta, estamos colmados por el soplo de los malos espíritus».

Adecuando la oración al ritmo respiratorio, el espíritu se calma, encuentra el «reposo» (*hesychia*, en griego; de ahí el nombre de «hesicasmo» dado a esta corriente espiritual de la oración). El espíritu se libera de la agitación del mundo exterior, abandona la multiplicidad y la dispersión, se purifica del movimiento desordenado de los pensamientos, de las imágenes, de las representaciones, de las ideas. Se interioriza y se unifica al mismo tiempo que ora con el cuerpo y se encarna. En la profundidad del corazón, el espíritu y el cuerpo reencuentran su unidad original, el ser humano recobra su «simplicidad».

Conviene buscar el silencio del espíritu, evitar todos los pensamientos, incluso aquellos que parecen lícitos, fijarse constantemente en las profundidades del corazón y decir: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí». A veces sólo se dirá: «Señor Jesucristo, ten piedad de mí». Luego se cambiará: «Hijo de Dios, ten piedad de mí»; esta última fórmula, según Gregorio el Sinaíta, es más fácil para los principiantes. Pero no es necesario cambiar a menudo de fórmula, aconseja, sino sólo a veces. «Recitando atentamente esta oración, permanecerás de pie o sentado, o incluso acostado, reteniendo la respiración, en la medida de lo posible, para no respirar demasiado a menudo... Invoca al Señor Jesús con un deseo ferviente y en una paciente expectativa, abandona todo pensamiento... Si ves la impureza de los malos espíritus, es decir, los pensamientos, encerrando el espíritu en el corazón, invoca al Señor Jesús sin cesar y sin distracción, y ellos huirán, invisiblemente quemados por el nombre divino. La *hesychia*... consiste en buscar al Señor en su

corazón, es decir, guardar su corazón en la oración y encontrarse constantemente en el interior de este último...»[32].

Sin embargo, no se trata aquí de actos meritorios: número de rosarios, cantidad de oraciones, mortificaciones en el sentido vulgar. La noción de mérito está ausente de la teología oriental. «No os inquietéis por el número de oraciones a recitar. Que vuestra sola preocupación sea que la oración brote de vuestro corazón, viviente como una fuente de agua viva. Arrojad enteramente de vuestro espíritu la idea de cantidad»[33]. No se trata de un ejercicio mecánico, o de una técnica psico-somática, emparentada con la de otras religiones orientales. Se trata de un ejercicio, ciertamente sostenido, que es llamado «atención», o incluso «sobriedad», o «trabajo espiritual», o «guardia del corazón». Es una vigilancia de la oración que quiere ser y devenir incesante y penetrante en las fuentes mismas del corazón.

La oración del corazón

La oración de Jesús es también llamada oración del corazón. Esta noción del corazón es esencial en la espiritualidad oriental y, en particular, la rusa. Se podría decir que en este aspecto la tradición oriental no se ha dejado subyugar por las nociones de la filosofía grecolatina y que ha permanecido mucho más cerca de las fuentes bíblicas y semitas.

Existe, en efecto, una teología del corazón en el Antiguo Testamento, al igual que en el Nuevo, que es la llave de la antropología bíblica.

Se puede distinguir –y oponer– el corazón y la cabeza. La cabeza sería el dominio de lo cerebral, de lo mental, de lo intelectual, de lo lógico, de lo racional... Pero el corazón no debe ser reducido únicamente al dominio de lo afectivo, del sentimiento. «Es un hombre de corazón», se dice a veces, o bien: «es una mujer de cabeza». El corazón es una dimensión espiritual, donde el cuerpo tanto como el alma entremezclan sus raíces. El corazón es la fuente vital del ser.

«El corazón, en efecto, es el amo y el rey de todo el organismo corporal, y cuando la gracia se apodera de las praderas del corazón, reina sobre todos los miembros y todos los pensamientos del alma, y es de allí de donde ella espera el bien»[34].

«Algunos colocan el espíritu en el cerebro, como en una especie de acrópolis; otros le atribuyen la región central del corazón, aquélla que está libre de todo soplo animal. En cuanto a nosotros, sabemos a ciencia cierta que nuestra alma razonable no está dentro de nosotros como estaría en un vaso –puesto que es incorpórea– y tampoco fuera –puesto que está unida al cuerpo– sino que ella está en el corazón como en su órgano»[35].

«En cuanto al *corazón*, designa en la tradición oriental el centro del ser humano, la raíz de las facultades activas del intelecto y de la voluntad, el punto de donde proviene y hacia el cual

[32] Nil de la Sora, *Regle*, cap. 2, citado por J. Meyendorf, *S. Grégoire Pala-mas*, 158.
[33] Teófano el Recluso, *El arte de la oración.*
[34] Macario, *Hom. Spirit.* XV, 20, citado por J. Meyendorf, *S. Grégoire Pa-lamas*, 28.
[35] Gregorio Palamas.

converge toda la vida espiritual. Es la fuente, oscura y profunda, de donde brota toda la virtud psíquica y espiritual del hombre y por la cual éste está próximo y se comunica con la fuente misma de la vida»[36].

La oración de Jesús, con su aspecto de técnica espiritual y su ritmo respiratorio, consiste en el descenso del espíritu –o de la inteligencia– al corazón.

«Conviene descender desde el cerebro al corazón. Por el momento, dice Teófano el Recluso, no hay en vosotros más que reflexiones totalmente cerebrales sobre Dios, pero el mismo Dios permanece en el exterior»[37].

«Ontológicamente, la consecuencia esencial de la caída, para el hombre, es precisamente esta disgregación espiritual por la cual su personalidad está privada de su centro y su inteligencia se dispersa en el mundo exterior. El lugar donde se produce esta dispersión de la personalidad en el mundo de las cosas es la cabeza, el cerebro; allí los pensamientos forman remolinos, como copos de nieve, como enjambres de moscardones en el verano. Por el cerebro, el espíritu conoce un mundo que le es exterior al mismo tiempo que pierde el contacto con los mundos espirituales, cuya realidad estrecha oscuramente, sin embargo, el corazón. Para reconstruir a la persona en la gracia, es necesario, entonces, reencontrar una relación armoniosa entre la inteligencia y el corazón»[38].

Es necesario orar con el corazón, es necesario encontrar la oración del corazón. Es necesario sentarse en un lugar retirado y tranquilo, lejos del ruido y el movimiento, en silencio. Inclinar la cabeza hacia el corazón, alejarse de la agitación de los pensamientos, decir no a la dispersión, a la multiplicidad de las imágenes, de las ideas, de los recuerdos. Respirar calma, lenta, profundamente, orando al Señor Jesús. Fijar la mirada interior en el «lugar del corazón» todavía sombrío y oscuro, donde la oración introduce el nombre divino de Jesús con el ritmo de la respiración. Poco a poco el nombre de Jesús se identifica con los latidos del corazón. El corazón, por sí mismo, ora y respira sin cesar en la oración de Jesús que se convierte, así, en «oración perpetua» e incesante.

Ese aspecto técnico nos parece chocante. Vemos en él, enseguida, como el psicólogo sagaz que es todo hombre occidental, el peligro de la introspección, de la autosugestión, del «análisis»... Sin embargo, no se trata de eso. Se trata, en realidad, de liberar el corazón y el espíritu de la opresión de los pensamientos, de la ocupación continua de las ideas, de la influencia de los «espíritus impuros», a fin de que, bajo la acción de la gracia, las «energías del corazón», liberadas, puedan brillar en nosotros sin trabas a través de nuestra alma tanto como de nuestro cuerpo. «En el corazón está la vida, y allí también conviene vivir»[39].

[36] E. Behr-Sigel, *La prière de Jesús*, 106.
[37] Citado por E. Behr-Sigel, *La prière de Jesús*, 95.
[38] E. Behr-Sigel, *La prière de Jesús*, 107s.
[39] Teófano el Recluso, *El arte de la oración*.

La iluminación del corazón

Cuando la oración de Jesús se convierte en oración del corazón, su primer efecto es la iluminación. No olvidemos que ella es el grito suplicante del ciego para obtener la curación (Lc. 18, 38) al que Jesús responde abriendo los ojos del enfermo y dándole la luz. La oración incesante de Jesús obtiene la curación. «La sola presencia de Cristo, cuando anuncia que daría su vida en rescate de una multitud, 'comunicó' la oración de Jesús al ciego de Jericó»[40].

Los ojos del corazón se abren a la luz divina. El corazón se ilumina y, por él, el ser entero (Mt. 6, 22). «Cuando la inteligencia y el corazón están unidos en la oración, y los pensamientos del alma no están dispersos, el corazón se entibia con un calor espiritual y la luz de Cristo resplandece en él, llenando de paz y de alegría al hombre interior»[41].

La iluminación aportada por la oración del corazón viene sólo de la gracia. «Sólo la gracia divina posee en sí misma la facultad de comunicar la deificación a los seres de una manera analógica; entonces la naturaleza resplandece con una luz sobrenatural y se encuentra transportada por encima de sus propios límites por una sobreabundancia de gloria»[42]. Pero la iluminación no se produce sin trabajo; a veces, sólo es dada al término de una prolongada espera, de una larga pena. Ello se debe a que el corazón es también el dominio del pecado, de lo oscuro, de las tinieblas. No olvidemos el sentido de las palabras de la oración: «Señor Jesús, ten piedad de mí, pecador». Es necesario forzar esa oscuridad por la contrición y el verdadero arrepentimiento, a menudo por las «lágrimas»; es la «gracia del enternecimiento» la que imprime en la mirada y el rostro de los espirituales de oriente una dulzura semejante.

«En la atmósfera del corazón, una vez purificado de los soplos de los espíritus malos, es imposible, se ha dicho, que no brille la luz divina de Jesús. Siempre que no se hinche de orgullo, de vanidad y de presunción»[43].

Esta iluminación del corazón procede de una acción del Espíritu santo, que es luz. Pero es necesario no confundirla con las aspiraciones, las visiones, las «luces» espirituales o sensibles. De hecho, los Padres son unánimes en recomendar que no se busquen tales cosas. No es necesario dedicarse a ellas ni dejarse distraer por ellas, si se presentan. Pues se debe, siempre, guardar la «sobriedad». La verdadera oración del corazón es siempre «la oración pura».

La «deificación» del hombre

Mediante la oración del corazón, mediante la gracia de la iluminación, el ser recobra su armonía interior, su unidad. Vuelve la espalda a la dispersión, a la multiplicidad, a la división. El espíritu y el corazón, el alma y el cuerpo, se reconcilian. El hombre recobra su unidad original. Se recubre con la imagen de Dios y la semejanza divina. Es «deificado». La «deificación» (*théosis*, en griego), es obra, no del hombre, sino de la gracia.

[40] H. de B., *La prière du coeur*, 21.
[41] Serafín de Sarov, citado por E. Behr-Sigel, *La prière de Jesús*, 20.
[42] Máximo el Confesor, citado por J. Meyendorf, *S. Grégoire Palamas*, 45.
[43] Hesiquio de Batos.

«En primer lugar la gracia muestra al hombre su pecado, lo hace surgir ante él y, colocando constantemente ante sus ojos ese terrible pecado, lo conduce a juzgarse a sí mismo. Le revela nuestra caída, ese espantoso, profundo y sombrío abismo de perdición donde ha caído nuestra raza por la participación en el pecado de Adán. Luego, poco a poco, otorga una profunda atención y el enternecimiento del corazón en el momento de la oración. Habiendo preparado así el vaso, de una manera súbita, inesperada, inmaterial, toca las partes separadas y éstas se reúnen. ¿Quién es el que ha tocado? Yo no puedo explicarlo. No he visto nada, no he escuchado nada, pero me he visto cambiado; repentinamente me he sentido transformado por el efecto de un poder todopoderoso. El Creador ha actuado, para la restauración, del mismo modo que actuó para la creación. Cuando sus manos tocaron mi ser, la inteligencia, el corazón y el cuerpo se reunieron para construir una unidad total. Luego se sumergieron en Dios y permanecieron allí durante todo el tiempo en que fueron sostenidos por la mano invisible, inasible y todopoderosa»[44].

La teología oriental conoció una discusión muy viva en el siglo XIV entre Gregorio Palamas y alguien denominado Barlaam. Este último, imbuido de una pretendida escolástica occidental, se dedicó directamente a cuestionar la práctica de la oración del corazón y sus fundamentos teológicos, ridiculizando, en particular, sus métodos respiratorios y arriesgándose, con ello, a arrojar al descrédito toda la vida monástica. Gregorio Palamas, en su *Tríadas*, toma la defensa del hesicasmo y de la tradición y, apoyado en la autoridad de los Padres, formula la doctrina de las «energías» divinas.

¿Cómo puede Dios, que es trascendente e inaccesible en su esencia, comunicar al hombre su gracia y, en particular, hacerlo participar de la «deificación»? Puesto que se puede participar en Dios y puesto que la esencia sobre esencial de Dios es absolutamente imparticipable, debe haber alguna cosa, entre la esencia imparticipable y los participantes, que les permita participar en Dios...[45] Esa cierta cosa son las «energías» divinas, comparables a los rayos del sol que traen luz y calor sin ser el sol en su esencia, y que llamamos, sin embargo, sol. Son las energías divinas que actúan en el corazón para recrearnos a la imagen de Dios y a su semejanza. Por ese medio Dios se da al hombre sin dejar de ser trascendente a él.

De hecho, este problema de las «energías» ha suscitado, y suscita todavía, interminables discusiones. ¿Son creadas o increadas?... ¿Comunica Dios su esencia por su intermedio, o no?... ¿De qué naturaleza es esta *théosis* o deificación?

Lo que hay de cierto es que, el hesicasmo, la corriente espiritual y tradicional de la oración de Jesús, fue dotada por Gregorio Palamas de una teología extremadamente sólida y profunda. En ese momento, cuando el Imperio de oriente estaba a punto de desaparecer, ello ciertamente la ayudó a sobrevivir y a expandirse en las diversas Iglesias ortodoxas y, especialmente, en Rusia.

[44] Teófano el Recluso, *El arte de la oración*.
[45] Gregorio Palamas, *Triades*, citado por J. Meyendorf, *S. Grégoire Pala-mas*, 127.

¿QUIÉN ES MARTINISTA?

Robert Amadou

Documents Martinistes nº 7, 1980, París



MARTINISTA es el discípulo de Martines de Pasqually, vinculado a su gnosis y a la teúrgia ceremonial que la aplica.

MARTINISTA es el franc-masón del Rito Escocés Rectificado de la Orden de los Caballeros Masones de la Ciudad Santa, cuyos rituales e instrucciones conservan la misma herencia teosófica para ser vivida en sus Logias, sus Capítulos y sus Colegios y en la vida diaria.

MARTINISTA es el íntimo del Filósofo Desconocido, Louis-Claude de Saint-Martin, que toma conciencia de su condición de bautizado y busca por la meditación, la oración y la práctica de la vía interior, actualizar sus efectos sobre sí mismo y sobre su entorno en el silencio y la humildad, por encima de cualquier dogmatismo, en el ecumenismo más absoluto.

MARTINISTAS, particularmente, son los miembros de una Orden Martinista que se asocian con vistas a favorecer el progreso iniciático los unos con los otros, bajo la influencia de Martines y de Saint-Martin.

* * *

Recordemos que el apelativo "Martinista", primitivamente, antes de que Papus (1865-1916) y Agustín Chaboseau (1868-1946) popularizaran este término por la fundación de una Orden conocida bajo esta misma denominación, entre 1887 y 1891, que le benefició de cierta divulgación, proviene precisamente de los Masones del Régimen Escocés Rectificado establecidos en Rusia, así designados porque eran generalmente, más allá de su calidad de hermanos adheridos a la Reforma de Lyon, adeptos más o menos activos de las prácticas de Martines, pero ante todo admiradores entusiastas del pensamiento de Louis-Claude de Saint-Martin, y algunos incluso, como en el caso de Nicolaï Novikof (1744-1818), discípulos directos e íntimos del Filósofo Desconocido.

LA TRIPLE RESURRECCIÓN DEL HOMBRE NUEVO

Louis-Claude de Saint-Martin

(Extractos de su obra “El Hombre Nuevo”)



[HN, 13]

Cuando el reparador fue a Betania para resucitar al hermano de Marta y María, que estaba muerto desde hacía cuatro días y olía mal, dijo con voz potente, al lado del sepulcro: Lázaro, levántate. Es a ti, alma humana, a quien se dirige la palabra, más aún que a aquel cadáver, que no era más que el símbolo del verdadero renacimiento, y es ahí también donde puedes encontrar un nuevo detalle de ese cuadro general cuyo tema eres tú y que abarca todo el conjunto de las cosas.

Si has comprendido de antemano que la anunciación del ángel puede repetirse para ti, lo mismo que la concepción y el nacimiento del hijo de la promesa, no te sorprenderá que la resurrección de Lázaro pueda repetirse también para ti, sino que también, por la misma razón, te das cuenta de que esta operación preliminar te resulta indispensable, puesto que llevas muerto cuatro días (tus cuatro grandes instituciones primitivas que ya no sabrías llenar) y puesto que difundes por todas partes la imperfección. La voz del reparador se acerca a tu sepulcro y te grita: Lázaro, levántate. No hagas como hicieron los judíos en el desierto. No endurezcas tu corazón ante esta voz y sal inmediatamente de tu féretro. No faltarán personas serviciales que te quiten las vendas. Recuerda después que, si se te ha dicho Lázaro, levántate, solo ha sido para que, a tu vez, repitas voluntariamente a todas tus facultades dormidas ¡Lázaro, levántate!, y para que esta palabra se extienda de forma continua por todas las partes de tu ser. Entonces es cuando podrás esperar sentarte a la mesa con el Señor.

[HN, 44]

El hombre viejo ha caído bajo el yugo de una muerte triple, que se conoce como muerte del cuerpo, muerte del alma y muerte del espíritu, pero que, al haber tenido en su origen como causa y principio la muerte o abolición de sus títulos de pensamiento, palabra y obra del Eterno, debe considerarse bajo el nombre de la muerte de su ser Divino, que, en realidad, está hoy como enterrado en un sepulcro, comparando su deplorable situación con el estado glorioso de

que ha disfrutado. Por tanto, es preciso que el hombre nuevo tenga por misión procurar la triple resurrección, es decir, que rescate su pensamiento, su palabra y su obra de las regiones tenebrosas donde están esclavizadas, que contenga su pensamiento, su palabra y su obra al borde del abismo en el que el enemigo intenta precipitarlos todos los días, y que evite en lo sucesivo la muerte de su pensamiento, de su palabra y de su obra, en cualquier circunstancia en que el enemigo pueda amenazarlos.

Ésa es una de las facetas bajo las cuales podemos considerar la triple resurrección del hombre nuevo, y este punto de vista es tanto más real cuanto más es la imagen demasiado fiel del peligroso destino de toda la posteridad humana. Además, es el detalle y el cuadro reducido de la obra universal que se realiza a gran tamaño en toda esta posteridad del hombre. […]

La primera y más difícil de estas tres resurrecciones que tendrá que realizar en sí mismo el hombre nuevo consiste en separar de todas las substancias falsas que lo rodean los pensamientos, voluntades y acciones suyos que se han engullido y, por así decirlo, se han amalgamado en ellas, y que están allí como en una verdadera tumba en la que no sólo no disfrutan del día y de la luz, sino que van continuamente hacia una repulsiva putrefacción. […]

La segunda resurrección consistirá en retener al borde del precipicio aquellos pensamientos, voluntades y acciones suyos que estén a punto de caer en él, si no está completamente pendiente de arrancarlos de las manos que los llevaban ya hacia el sepulcro; pero el mismo poder del que se servirá en la primera resurrección le será igualmente útil en la segunda, y retirará nuevas víctimas de los brazos de la muerte.

La tercera resurrección será la que realice de antemano en sus pensamientos, voluntades y acciones que, en el futuro, podrían estar expuestos a los ataques del enemigo y que él querría tratar de corromper para sumirlos con él en los abismos, pues al hombre nuevo no le bastará con abarcar las épocas pasadas y presentes en la manifestación de su fortaleza y de su sabiduría, sino que tendrá que cubrir también las épocas que no han llegado todavía, ya que ése es el mayor privilegio del espíritu. Además, trabajará sin descanso para conseguir que la mano suprema lo rodee, lo sostenga y lo proteja de tal modo que el enemigo no pueda en lo sucesivo tener sobre él ningún dominio, cosa que conseguirá cuando haya sometido todo lo que hay en él y pueda decir de él lo que decía el reparador de la corrupción exterior: *He vencido al mundo*.

Pero, para tener también una idea más simple, más exacta y, por consiguiente, más fácil de comprender, de esta triple resurrección, considerémosla en una época en la que la muerte haya producido sus estragos en todas las facultades espirituales del hombre. Este cuadro, al estar al alcance de muchos más, tiene que ser más útil, por fuerza.

Efectivamente, podemos morir en nuestras obras si llevamos nuestros pensamientos falsos y nuestros deseos criminales hasta su consumación; podemos morir en nuestras voluntades corrompidas, si se unen a los planes desordenados que pueden adoptar nuestros pensamientos, aunque no lleguemos a realizarlos en nuestras obras. Finalmente, podríamos morir en nuestros pensamientos si los dejásemos que se llenasen de cuadros contrarios a la verdad y a la gloria del

espíritu, aunque no los adoptásemos en nuestras voluntades y aunque no dejásemos que se transformasen en actos.

Ésa es la triple resurrección que debe realizar cada hombre en sí mismo, si quiere llegar a la dignidad del hombre nuevo; pero jamás podremos tener la mínima idea de nuestros derechos primitivos y de nuestro verdadero renacimiento, si no restablecemos definitivamente en nosotros una fuente de acciones regulares, una fuente de movimientos verdaderos y una fuente de pensamientos sanos, ya que estas tres fuentes manan juntas de la fuente única y eterna del espíritu.

El hombre nuevo, una vez convencido de estas verdades, no sólo por su íntima persuasión, sino también por su propia experiencia, verá con agradable sorpresa que el reparador no ha tenido más propósito que hacer que se abran los ojos de los hombres sobre estos deberes indispensables y tan beneficiosos, cuando ha empleado toda su fuerza en producir las tres muertes en medio del pueblo de Israel. Esto es algo sorprendente y no se sabría marcar bien la diferencia que hay entre los lugares en los que cada uno de estos muertos ha sido llamado a la vida. Lázaro fue resucitado en la tumba en la que llevaba cuatro días, cuando ya olía mal; el hijo único de la viuda de Naím fue resucitado en el camino, cuando lo llevaban al sepulcro; la hija de Jairo, jefe de la sinagoga, de doce años, fue resucitada en la casa de su padre. ¿Cómo no vamos a ver, en estas tres resurrecciones realizadas por el reparador, esa triple resurrección que tenemos que hacer todos en nosotros mismos y que es, al mismo tiempo, la obra principal y la recompensa del hombre nuevo?

Efectivamente, ese Lázaro resucitado en su tumba, libre ya de la putrefacción, es la representación de nuestros actos depravados y de las prevaricaciones que hemos llevado hasta la obra y a la realización, es decir, hasta la morada de la muerte y de la corrupción, que está representada aquí por los sepulcros materiales. El hijo único de la viuda de Naím, resucitado camino de la tumba, es la representación de nuestras voluntades criminales que se han adherido a los planes falsos de nuestro pensamiento, pero han quedado detenidos camino de la tumba, es decir, antes de llegar a su realización y a los actos inicuos que hubiesen completado su corrupción y les hubiesen hecho conocer la putrefacción sepulcral. Finalmente, la hija del jefe de la sinagoga, resucitada en su casa, representa la muerte que podemos sentir en nuestro pensamiento, cuando lo dejamos que se infecte con planes culpables e injuriosos para el espíritu de la verdad, que no quiere que adoptemos más proyectos que los suyos, se ha dignado elegir el pensamiento del hombre para ser jefe de la sinagoga universal y quiere en todo momento que este pensamiento del hombre y todos los hijos que puedan emanar de él, difundan por todas partes la vida que los anima.



EL CULTO PRIMITIVO

“El hombre, ser espiritual menor, tenía que operar un culto. Era puro y simple, pero habiendo degradado su ser y desnaturalizado su forma, su culto cambió. Ha quedado sujeto a la ley ceremonial del culto. El hombre, que participa de la naturaleza divina y completa la cuádruple esencia, debe rendir un culto que corresponde a las cuatros facultades divinas de las cuales es imagen y semejanza. […]

Culto de expiación, purificación, reconciliación, santificación. El último corresponde al pensamiento divino, el tercero a la voluntad o al verbo, el segundo a la acción, el primero a la operación. El hombre en su primer estado solo tenía que operar para él un culto de santificación y de alabanzas. Era el agente por el cual los espíritus que debía traer de vuelta debían operar los otros tres. Al haber caído, debe operar para sí mismo. […]

El verdadero culto fue enseñado a Adán tras su caída por el ángel reconciliador, fue operado santamente por su hijo Abel en su presencia, restablecido bajo Enoc quien formó nuevos discípulos, olvidado después por toda la tierra y restaurado por Noé y sus hijos, renovado luego por Moisés, David, Salomón, Zorobabel y finalmente perfeccionado por Cristo en medio de los doce apóstoles en la Última Cena”.

***Lecciones de Lyon,* Lección nº 99 del sábado 22 de junio de 1776, Willermoz**

G.E.I.M.M.E.

Grupo de Estudios e Investigaciones
Martinistas & Martinezistas de España

www.geimme.es
www.facebook.com/geimme
geimme.blogspot.com.es/

geimme@movistar.es